

MEDIA HORA

de Denise Despeyroux

Personajes:

Nadia y Miguel, pareja joven

Estudio de Miguel. Un escritorio lleno de libros y papeles, y también papeles y libros en el suelo. Un sillón cerca del escritorio. Un reloj de cuco. Miguel escribe en su ordenador, muy concentrado. De pronto aparece Nadia, va vestida con abrigo y gorro como si estuviera a punto de salir. Trae con ella varias maletas.

NADIA: ¿Miguel?

MIGUEL: ¿Uhhmm?

NADIA: Tienes media hora.

MIGUEL: ¿Eh? ¿Media hora para qué?

NADIA: Media hora para seducirme. O me voy.

MIGUEL: Nadia no empecemos, por favor, ahora no.

NADIA: No estamos empezando Miguel, estamos a punto de terminar.

MIGUEL: Cariño, tengo que entregar esto mañana, ahora no puedo ponerme a seducirte.
¿Qué haces con las maletas?

NADIA: Ya te lo he dicho: me voy. Si no me seduces en treinta minutos... bueno... 28 minutos te quedan... me voy.

MIGUEL: ¿Tú no puedes entender que esto sea urgente?

NADIA: Sí, sí que lo entiendo. Lo que pasa es que esto otro también es urgente, así que te toca decidir cuál de las dos urgencias es más importante.

MIGUEL: No me hagas esto, Nadia.

NADIA: Eres libre, tú decides. Salvarme o perderme.

MIGUEL: ¿Cómo que salvarte? ¿De qué se supone que te tengo que salvar?

NADIA: Si quieres que discutamos, discutimos. Pero te aviso: ya has desperdiciado cinco minutos en tratar de discutir conmigo en lugar de intentar seducirme. Bueno, estrictamente no sería seducirme, sino reseducirme, que en realidad es bastante más complicado que seducir por primera vez. Pero eso es algo que ya hemos hablado...

MIGUEL: Sí, resedución, ya sé, ya sé... Nadia, ¿tú nunca te tomas en serio tu trabajo?

NADIA: No, por supuesto que no.

MIGUEL: Bueno, por lo menos podrías tomarte en serio el trabajo ajeno.

NADIA: La única manera de trabajar bien es con alegría Miguel. Y sin amor no hay alegría. Así que el amor necesita mucho más esfuerzo que el trabajo. “Esforcémonos en amarnos y el trabajo saldrá solo”, Corintios 12.

MIGUEL: Que va a ser Corintios 12, te lo estás inventando.

NADIA: No me acuses de mentirosa.

MIGUEL: Y tú no te inventes citas bíblicas.

NADIA: Bueno, está bien, no me invento citas. Pero el amor necesita esfuerzo, y seguro que alguien lo habrá dicho.

MIGUEL: Cuando empiezas a esforzarte en el amor es que algo va mal.

NADIA: Eso es sólo si el esfuerzo llega tarde. Para nosotros no es tarde. Nos deben de quedar todavía unos veinte minutos.

MIGUEL: ¿Qué hora es?

NADIA: No lo sé. No quiero estar mirando el reloj todo el tiempo, me angustia. Prefiero concentrarme en el tiempo que nos queda. No es mucho, así que empieza a hacer algo. He puesto la alarma del móvil, te aviso.

MIGUEL: Está el cuco.

NADIA: El cuco está parado hace meses y no lo llevaste a arreglar.

MIGUEL: ¿Y por qué me corresponde a mí llevarlo a arreglar?

NADIA: Es tu cuco, te corresponde a ti llevarlo a arreglar.

MIGUEL: ¿No era que todo es de los dos?

NADIA: Sí, todo es de los dos menos el cuco, que es tuyo.

MIGUEL: Está parado pero da la hora bien.

NADIA: ¿Cómo va a dar la hora bien si está parado, Miguel?

MIGUEL: Cada hora en punto canta la hora exacta. El único problema es que a veces entre hora y hora no se sabe qué hora es. Pero si te acuerdas de la última hora que cantó y de cuándo fue puedes calcular más o menos cuánto falta para la hora siguiente.

NADIA: No me parece muy práctico.

MIGUEL: Yo calculo que ahora mismo faltarán unos veinte minutos para las cinco.

NADIA: Y a las cinco me voy.

MIGUEL: No te vayas.

NADIA: ¿Para qué quieres que me quede?

MIGUEL: No sé, para saber que estás ahí.

NADIA: Pero no estoy, Miguel. Cuando tú no me amas yo no existo.

MIGUEL: No digas eso.

NADIA: Es que es cierto.

MIGUEL: ¿Y tú me amas a mí?

NADIA: Todo el tiempo Miguel, yo te amo todo el tiempo. ¿Qué es una mujer? Un apéndice del hombre que ama, su costilla.

MIGUEL: Eso sí lo dice la biblia.

NADIA: Sí, eso sí.

MIGUEL: Desde que llegaste a esta casa el cuco hace cosas raras.

NADIA: ¿Qué cosas raras?

MIGUEL: ¿Cómo puede ser que el reloj no dé la hora pero que el pajarito la cante?

NADIA: Sí puede ser Miguel, son mecanismos independientes.

MIGUEL: No, no puede ser. Al principio recuerdo que el cuco empezó a cantar dos horas más de las que señalaba el reloj. Eso sí tenía sentido.

NADIA: ¿Por qué tenía sentido?

MIGUEL: Era como si simplemente el cuco estuviera dos horas adelantado. Pero se puede entender que el cuco cantara, porque el reloj seguía moviéndose. ¿Pero ahora por qué canta?

NADIA: ¿Eso tiene alguna relación con lo nuestro?

MIGUEL: No lo sé.

NADIA: ¿Por qué lo has dicho?

MIGUEL: No lo sé. Sólo sé que no entiendo lo que le pasa al cuco.

NADIA: Yo tampoco, pero no me lo pregunto todo el tiempo. Es cuestión de aceptarlo, y ya está. Aceptarlo o llevarlo a arreglar, una de dos.

MIGUEL: Yo tampoco me lo pregunto todo el tiempo.

NADIA: ¿Y qué te preguntas?

MIGUEL: No sé Nadia... ¿qué quieres saber?

NADIA: Yo cada vez que me tumbo en la cama y miro el techo me pregunto si tú me amas. Es instantáneo, o instintivo, no sé cuál de las dos palabras es más exacta. Quiero saber qué es lo que te preguntas tú cuando salta tu protector de pantalla.

MIGUEL: ¿Qué?

NADIA: Cuando estás delante del ordenador.

MIGUEL: Cuando estoy delante del ordenador es porque estoy trabajando, Nadia, no me pregunto nada. En todo caso me hago preguntas sobre mi trabajo.

NADIA: Sí, pero a veces, cuando estés un rato leyendo alguno de esos papeles o de esos libros que tienes ahí saltará tu protector de pantalla, y cuando vuelvas a mirar el ordenador sólo verás una pantalla en negro o llena de burbujas, o de galaxias, o de peces que chocan contra los bordes, y entonces estoy segura de que te preguntarás algo, algo que no tiene que ver con tu trabajo. Lo que yo quiero saber es cuál es esa pregunta. ¿Te preguntas, por ejemplo, si yo te amo?

MIGUEL: No, no me lo pregunto.

NADIA: ¿Y por qué no?

MIGUEL: No sé, no sé muy bien qué me pregunto, pero sé que eso no. No se me ocurre preguntarme si me amas o no.

NADIA: Pero antes te lo preguntabas.

MIGUEL: No sé...

NADIA: Sí, cuando nos conocimos. Todo el tiempo te lo estabas preguntando. Lo sé porque todo el tiempo estabas haciendo cosas para que yo te amara. Y por eso te amé. Y ahora te sigo amando pero tú ya no te preguntas nada, y yo no paro de preguntarme cosas.

MIGUEL: Y tú... antes... ¿también te lo preguntabas?

NADIA: ¿El qué? ¿Si me amabas?

MIGUEL: Sí.

NADIA: Claro, me lo preguntaba, también todo el tiempo, pero sabía la respuesta. Me lo preguntaba y era feliz. Era distinto. Era la misma pregunta, pero era distinto.

Suena la alarma del móvil.

NADIA: Me voy.

MIGUEL: Pero aún no ha sonado el cuco, no son las cinco.

NADIA: Ese reloj está roto Miguel. Yo no puedo tomar las grandes decisiones de tu vida en función de un reloj que está roto.

MIGUEL: ¿Cómo que las grandes decisiones de mi vida? Dirás de la tuya, sobre mi vida decido yo...

NADIA: No, eso nunca es así. Los demás también deciden sobre la vida de uno Miguel. Deciden todo el tiempo y un montón de cosas.

MIGUEL: Pero todo esto de que te ibas no era en serio... era una broma, igual que otras veces.

NADIA: Siempre ha sido en serio Miguel.

MIGUEL: Nadia... ya basta.

NADIA: Te he pedido media hora. Has preferido pasarla cuestionando cosas, hablando sobre el cuco. ¿No podías darme un beso? ¿No podías decirme que me querías?

MIGUEL: Nadia, estás sacando las cosas de quicio.

NADIA: Justo, eso hago. Ya hace tiempo que todo encaja demasiado bien en su sitio. Y te extraño. A lo mejor, si me voy, tú también me empiezas a extrañar. Lo hago por los dos.

MIGUEL: Nadia, no es justo. Y aún no son las cinco...

Nadia se va y Miguel queda solo y desconcertado. Suena el reloj de cuco cinco veces. Miguel vuelve a sentarse a la mesa de su ordenador y trata de escribir. Todo esto último ha sido lento, como si estuviera aturdido. De pronto aparece Nadia, desde el mismo lugar por dónde apareció la primera vez. Va vestida con una camiseta y despeinada, como si acabara de salir de la cama. Lleva una taza de té en las manos.

MIGUEL: Nadia, estabas ahí.

NADIA: ¿Dónde creías que estaba?

MIGUEL: Pensé que habías salido.

Nadia se acurruca en un sillón con una taza de té en las manos.

MIGUEL: ¿Nadia?

NADIA: ¿Sí?

MIGUEL: Qué bueno que existas.

Ella ríe muy débilmente.

MIGUEL: ¿Por qué existes, verdad?

NADIA: Sí, más o menos Miguel, a veces...

Suena el reloj de cuco siete veces.

NADIA: ¿Qué hora es? ¿Cuánto he estado durmiendo?

MIGUEL: Las cinco. Media hora.

NADIA: ¿No lo llevaste a arreglar?

MIGUEL: No, todavía no.